

Marqués de Urquijo

Las largas temporadas que pasaba mi madre en el sanatorio por culpa de su enfermedad hicieron que afrontara, una vez más, un día de colegio sin ella y que quien me acompañara fuera uno de mis hermanos mayores. Me llevó de la mano hasta la puerta del colegio, vestido con pantalones cortos y abrigado con una trenca verde. En mi cartera de plástico llevaba lápices de colores, gomas de borrar, sacapuntas y la cartilla de ortografía.

El centro estaba en la calle Benito Gutiérrez, en Argüelles. Era una casa particular situada en el primer piso de un edificio de tres plantas. Desde el exterior, no se sabía si era un cole o un puticlub de niños. Tenía un salón, una cocina, un único baño y una habitación sin tabiques donde entrábamos treinta enanos dispuestos a aprender algo. En el balcón de la casa, ondeaba una bandera de España bastante desteñida por el paso del tiempo. Ese colegio estaba dirigido por don Juan José, más conocido como el Verruga por la tremenda carnosidad cutánea de color rosa en su nariz. Los viejos trajes de colores oscuros, gafas con bordes dorados y sus canas peinadas hacia atrás le daban un aspecto de bruja

del bosque. Ejercía como director, administrador y único profesor de todas las materias. Una foto del Excelentísimo señor don Francisco Franco nos vigilaba junto a un Cristo y un viejo reloj de pared. Todos los cursos (párvulos, 1º, 2º, 3º, 4º y 5º de EGB) estábamos mezclados en la misma habitación como si fuéramos una gran ensalada de niños. Abríamos nuestros ojos y mentes para devorar sabiduría y estudiábamos por un futuro próspero, o al menos eso nos decían. Recibíamos nuestras dosis de matemáticas y escritura, sentados en bancos de madera a modo de menderos. En ellos tatuábamos nuestros nombres con la punta del compás desmenuzándolos en pequeñas virutas de madera. Sentados en estrechas filas cara a cara, nos aco- plábamos en grupos para luchar contra el frío que entraba por la ventana.

—¿Qué tal la clase? —me preguntó mi hermano Ramón en la puerta del colegio cuando me vino a recoger—. ¿Te gusta el cole?

—No está mal —contesté mirando a mis compañeros con sus padres—. ¿Está mamá en casa?

—No, viene el próximo domingo —dijo mi hermano. Me cogió de la mano.

—¿Sabes que nos pegan si no nos sabemos la lección? —dije abrochándome el abrigo.

—¿Ah, sí? —rió.

—Sí —dije asustado— y si te haces pipí fuera de la taza, el profe se enfada y te da en la mano con un palo.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, apuntar mejor.

—Ya me sé la tabla del dos —continué mientras nos dirigíamos a casa.

El hombre del tiempo no solía acertar en las previsiones y mucho menos acertó la mañana del primer domingo de noviembre. El sol se había impuesto a las nubes y daba la sensación de que estábamos en plena primavera. Yo llevaba más de media hora en la terraza que daba a la calle para poder divisar el taxi que traería a mi madre. Quería verla desde el balcón, cuando una voz me llamó desde dentro de casa.

—Mira quién está aquí —dijo mi padre.

Allí estaba mi madre, parada como una estatua con una sonrisa. Su cuerpo dibujaba una hermosa figura sobre sus zapatos de tacón, pero su cara reflejaba cansancio y sus ojos estaban vacíos. Nos miramos sin decir nada durante unos segundos.

—¿Ya estás curada? —le pregunté.

—No, ahora debe descansar —dijo mi padre. La cogió del brazo para llevársela a su cuarto—. Ha dicho el médico que si todo va bien, se puede quedar mucho tiempo en casa, pero debe descansar y tomarse la medicina.

Después de cenar y de recoger la mesa, nos fuimos a ver la televisión. Esa noche ponían *El enigma de otro mundo*, protagonizada por una especie de abominable hombre de las nieves procedente de otro planeta que era detectado por una estación de radar situada en el Ártico. Muerto de

miedo y a punto de cerrar los ojos porque el monstruo iba a matar a un husky, me sorprendieron unos gritos de socorro en el nombre de Dios que salían del cuarto de mis padres. Mi madre decía que no quería vivir en esa casa, quería morir y no recibir más electroshocks. A continuación se hizo el silencio. Nos quedamos con la mirada dirigida al pasillo sin movernos de nuestros sitios y vimos cómo aparecía la figura de mi madre en camisón azul.

—Me voy a tirar por el hueco del ascensor —dijo con la mirada clavada en nosotros.

Dicho y hecho. Se puso a correr. Daba la sensación de que lo hacía a cámara lenta. Sus movimientos elegantes contrarrestaban con su mirada desequilibrada que nos advertía que no nos pusiéramos en su camino. Corrió por el pasillo, abrió la puerta y llegó hasta el ascensor. Mi hermano Ramón salió en su busca desde el comedor. Los vecinos empezaban a acostumbrarse a los gritos de mi madre y nadie salió a ver qué pasaba. Mi padre se levantó del sofá con cara de no soportarnos más y fue hasta la puerta desabrochándose el cinturón. Allí, la cogió del brazo y la tiró al suelo.

—¡Papá! ¿Qué haces? —gritó Ramón—. ¡No le pegues!

—Tú, icállate! —respondió mi padre—. Es mi mujer y puedo hacer lo que quiera.

—¿Estás loco? —gritó una de mis hermanas—. ¿No ves que está enferma? ¡Suéltala!

—Si alguien me toca —dijo mi padre mientras arrastraba a mi madre por los pelos—, le pego un tiro.

Mi madre se había llevado las manos al pelo para soltarse de las garras de mi padre. Sus gritos se convirtieron en ruegos para que no le pegara. El pasillo de la casa se había llenado de voces alteradas. Miré a Pedro que estaba estático en el pasillo, sin mover ni un solo músculo, como si fuera un adorno más de la casa. Yo deseaba que hiciera algún movimiento para poder copiarlo aunque tuviera que oírle por enésima vez que era un maldito mono imitador. Yo tampoco hice nada. Me limité a echar mi cuerpo hacia atrás y noté cómo mi espalda absorbía parte del frío de la pared. Mis ojos pasaban de Pedro a mi madre y de mi madre a Pedro. La última imagen que retengo en mi cabeza es la de mi madre siendo arrastrada por el pasillo.

—¡Papá, está enferma! —gritó Esperanza.

—¡Callaos! —ordenó mi padre mientras introducía a mi madre por los pelos en el cuarto—. Está loca, vuestra madre está loca.

Todos en silencio, y sin atrevernos a hacer nada, oíamos los correazos que salían de la habitación.

Sus viajes al sanatorio y las palizas por el pasillo fueron constantes, sin embargo, hubo temporadas en las que pude compartir con ella ratos agradables.

Una mañana de sábado, mi madre me mandó ir a la compra. Me dio la lista y bajé como un rayo.

La calle de Marqués de Urquijo tenía aire de pueblo por los establecimientos que la invadían. La pescadería, pegada a mi portal, era regentada por una familia oron-

da que atraía a los maridos de las amas de casa para ver encantados las tetas de las macizas hijas. Al lado estaba la mercería de un anciano matrimonio, ella siempre iba muy arreglada y él lucía una calva deslumbrante en la que podías verte reflejado si se inclinaba a darte algo del mostrador. Unos pasos más abajo, el cine Urquijo proyectaba las últimas novedades del séptimo arte. Pasé muy rápido la zapatería y la tintorería hasta llegar a la panadería donde, como de costumbre, pellizqué las puntas del pan reciente que compré. Junto a la panadería estaba el lechero con su mujer. Un problema motriz en la pierna derecha de la señora convertía en una eternidad la entrega de las dos bolsas de leche y el par de yogures de cristal que le pedí. Su marido repartía la leche durante todo el día con su bicicleta de cuatro ruedas. Delante iba la nevera, y una barra metálica hacía las funciones de manillar. En la esquina de la calle estaba la iglesia que tanto visitaban mis padres y ahí, frente al santuario, mi cielo particular, el quiosco de chucherías.

El dueño era un señor corpulento con una enfermedad rara, parecía tonto, pero no lo era. Daba pena pedirle cosas por su estado. De alguna manera inspiraba miedo. No hablaba ni oía bien. Hurgué en el bolsillo del pantalón en busca de alguna peseta huérfana y con la boca llena de emoción, le pedí un sobre de soldados alemanes. Movié su gran cuerpo y con una de sus zarpas me dio uno de animales. El miedo de llevarle la contraria no me dejaba hablar. Miré la bolsa llena de jirafas, cerdos y monos, y

pensé: «¿Para qué coño quiero yo hacer la guerra con animales?». Con los céntimos que me sobraron, le pedí unos caramelos que acercó con su mano paralizada como si fuera una pala excavadora. Los contó de uno en uno. Comprobé que ese día no se había cortado las uñas negras ni lavado las manos. Me dio igual, cogí uno de los caramelos Saci y me lo metí en la boca. El Saci era un caramelo amarillo, diminuto, envuelto en un pringoso papel. Eran tan pringosos que se pegaban unos a otros para dar más emoción al asunto. El pequeño caramelo transpiraba tanta glucosa que dejaba el envoltorio transparente tan completamente adherido que era imposible quitarlo. Pelar ese caramelo era sentirse King Kong en la escena en la que quiere desnudar a la rubia de la película. Una vez perdida la paciencia para desprender el papel, los jugos gástricos te subían hasta la nuez y hacían que te lo echaras a la boca con toda la serigrafía. La punta de la lengua separaba diminutos trozos de papel. Los siguientes dos minutos transcurrían limpiando los fragmentos del envoltorio para evitar que alguno se colara entre las muelas. Despejada la boca de intrusos y cuando las papilas gustativas detectaban que el caramelo desprendía un ligero sabor a limón, se partía en letales cristales que tragabas gracias a una pequeña ola de saliva. Las láminas de cristal se convertían lentamente en diminutas y afiladas estalactitas de limón. Cortaban laringe, tráquea, esófago y todo lo que se encontraban por el camino. Te querías morir cuando, finalmente, se clavaban como una bandera en el estómago. El escozor era tan grande que nunca supe por qué narices

me compraba esos caramelos y no los Sugus, cuya única amenaza era que se te pegaran al paladar.

Una vez hecha la compra, saludé a Aurelio y a Emilia, los porteros del edificio. Aurelio, además de ser el portero, era el sereno del barrio. Toda la noche hacía la ronda con una gran estaca de madera y un manojo de llaves largas. Para que Aurelio te abriera el portal por la noche, tenías que dar unas palmas al aire y gritar: «¡Sereno!». Aurelio salía de la nada oliendo a vino con su gran abrigo gris y su gorra de plato. Su mujer, Emilia, solía zurcir mientras levantaba la cabeza para ver quién entraba en el portal. Esa mañana, las puntadas eran amenizadas por las voces de la radionovela.

—Ya he hecho la compra —dije a mi madre cuando me abrió la puerta— y he subido los cuatro pisos de dos en dos escalones.

—Se me olvidó pedirte —dijo después de cerrar la puerta camino de la cocina— que trajeras café torrefacto. Bueno, luego bajo yo y lo compro.

—¿Sabes que ayer le conté al profe —dije abriendo la nevera para meter los yogures— que tú eras del pueblo de Miguel Hernández y me miró mal?

—Ese poeta está mal visto en esta ciudad.

—¿Por qué? —Cerré la nevera.

—Bueno —dijo mientras colgaba la bolsa de pan detrás de la puerta—, ese señor murió en la cárcel por ser mal español.

—¿Lo mató papá? —pregunté sentado en la silla.

—Pero, qué tonterías dices. —Se paró en medio de la cocina.

—Me lo dijo Pedro —bajé la cabeza.

—Miguel Hernández murió un mes antes de que tu padre entrara como director de esa cárcel. Y no se te ocurra hablar de esto con tu padre. —Su tono era preocupado—. Se puede enfadar mucho.

—Tú eras su amiga, ¿no?

—No, yo conocía a su madre y a su mujer. —Abrió la nevera—. Hablábamos de vez en cuando en la calle.

—Mamá, ¿es verdad que el abuelo era rico? —pregunté mientras veía cómo sacaba algo del congelador envuelto en papel de aluminio.

—¿También te lo ha contado Pedro? —sonrió.

—Sí, ayer en la cama —confesé con emoción.

—¿Y qué te dijo? —preguntó mi madre con el paquete congelado bajo el grifo.

—Pues, que era dueño de muchas cosas en Alicante —resoplé con timidez— y que venía a Madrid a gastarse el dinero. Además, me ha dicho que sus amigos le emborrachaban y le robaban.

—Algo de cierto hay en ello. —Desprendió el papel de aluminio del bulto congelado.

—¿Y por qué no somos ricos? —pregunté con miedo.

—Porque Dios quiere que seamos como somos —respondió.

Nos quedamos mi madre y yo solos después de comer y tuve que irme a catequesis porque en pocos días pertenecería al ejército de Dios. No me atrevía a salir a la calle

por si mi madre intentaba quitarse la vida como amenazaba tantas veces. Después de un rato de meditación en el pasillo, me inflé de valor y entré en su cuarto. La oscuridad de la habitación me devoró. Me dirigí hacia ella guiado por el resplandor de su cigarrillo. No nos veíamos, pero los dos sabíamos que estábamos uno frente al otro.

—Mamá, no hagas nada malo que ahora vengo y estoy contigo —dije con voz temblorosa.

Me marché de su habitación con más miedo que vergüenza porque tenía la sensación de que al volver de clase no la volvería a ver con vida. Al terminar la catequesis me detuve en la panadería cercana a la iglesia para comprarme un chicle Bazooka. Estaba destinado a masocas y gente que quería pasarlo mal. En mi vida he conocido un chicle más duro y jodido de masticar. Menos mal que siempre traía una calcomanía de equipos de fútbol.

Al llegar a casa, corrí a ver a mi madre. Con su bata de guata rosa llena de flores, estaba junto a mis hermanos Lourdes y Pedro.

—Repíte lo que me has dicho antes de ir a catequesis —me dijo mi madre.

Lo hice y todos rompieron a reír. Daba la sensación de que éramos felices.

El día 11 de mayo de 1972, hice la primera comunión en el Santuario del Inmaculado Corazón de María. Me vistieron con pantalones cortos, calcetines hasta la rodilla, guantes blancos, una chaqueta azul marino con escudo religioso que

me daba aire de madurez, y además llevaba un rosario y un pequeño misal. Ese era todo mi armamento para combatir el pecado y ser bueno por los siglos de los siglos. Una vez dentro de la iglesia, me senté en un banco al lado de otros soldados del Señor.

—Eres el más pequeño de todos los niños —me dijo el cura acariciándome la cabeza.

Terminó la ceremonia y me marché con mi familia a casa para tomarme un chocolate caliente con galletas en el salón. No fue una tarde especial, ni para mí ni para mi familia. Sí recuerdo que mi padre me regaló una moneda de plata de veinte duros con la efigie de Franco que se la quedó Lourdes.

—Yo te la guardo, no quiero que la pierdas —dijo echándome el humo de su cigarrillo.

Un lunes me levanté, desayuné, me vestí con mis pantalones cortos y cogí la cartera de cuero heredada de mi hermano. Ya hacía mucho tiempo que nadie me acompañaba al colegio, e ir solo por la calle Martín de los Heros con mi cartera hacía que me sintiera alguien. El Verruga nos regaló una invitación para ver *La dama y el vagabundo* y de paso, recibir una charla sobre unos libros de texto. Excepcionalmente, pude ir con mi madre porque se sentía mucho mejor. Se puso guapa para la ocasión. Delante de su coqueta, se arregló mirándose al espejo. Con mucho cuidado se pintó los labios y dejó un papel de fumar con la marca de carmín encima del cenicero. Cogió el calzador y,

suavemente, encajó sus pies en los zapatos de tacón. Para mí era la mujer más guapa de Argüelles, aunque sus ojos verdes estuvieran apagados y llevara dentadura postiza. Entramos en el cine y nos sentamos muy cerca de la pantalla para no perder detalle. En plena película giré la cabeza para fijarme en mi madre. Hablaba sola. Movía la dentadura provocando un sonido que a mí no me incomodaba. Me pregunté con quién hablaría. Ella parecía feliz en plena charla con sus amigos y yo era feliz por estar a su lado.

Cuando acabó la película, apareció un charlatán que invitaba, micrófono en mano, a que la gente subiera al escenario a hojear las obras maestras de Salvat. La mayor parte del público se quedó para escuchar la charla, momento en el que aprovechamos para ir a comprar una bamba de nata a Viena Capellanes. Le encantaban las bambas de nata, no de crema. Tenían que ser de nata y espolvoreadas con azúcar.

El reloj marcó las nueve de la noche. Yo jugaba en mi habitación cuando la inusual tranquilidad de esos días se rompió con un grito. Todas las cabezas se asomaron al pasillo sin entender muy bien qué era lo que sucedía. Nuestra primera reacción fue buscar a mi madre que fumaba tranquilamente en el comedor abstraída por completo. Sus ojos nos advirtieron que nos prepararíamos para una nueva sorpresa. Otro grito rompió la conversación mental que manteníamos con mi madre. Corrimos hacia el salón y descubrimos que era la voz de Marisa. Mi hermana lloraba porque decía que veía al diablo. Gritaba que la dejara en paz y se fuera de la

habitación. Me quedé quieto en el pasillo y pensé que el Señor de las Tinieblas estaba sentado junto a ella dispuesto a llevarse su alma. Recordé las palabras del cura en mi primera comunión: «El diablo es un ser malo que quiere llevarte al infierno». Un golpe abrió la puerta del salón y escupió a mi hermana que daba miles de gritos. La primera persona que iba al frente de la comitiva de auxilio, con el cinturón en la mano, era mi padre.

—¡Pero es que tú también quieres estar loca como tu madre! —gritó mi padre tirando a Marisa al suelo de un golpe—. En esta casa estáis todos locos.

—¡Papá! —gritó mi hermana Esperanza—. ¡No le pegues! No es manera de tratar a una hija. Coño, vas a acabar con toda la familia con tanta paliza.

—Es mi hija —contestó mi padre sin dejar de pegarle con el cinturón— y grita que ve al diablo porque no cree en Dios, igual que todos en esta casa.

—¿Pero qué dices? —dijo mi hermano Elías—. Suéltala o te meto un puñetazo que te rompo la cabeza.

—Si me tocas, voy a mi habitación a por la pistola y te meto un tiro. Esta chica está loca porque va con gentuza y le pego porque esta casa es mía y se hace lo que yo quiera.

Dejó de pegar a Marisa y miró fijamente a mis hermanos retándoles con la mirada.

—Por mí te puedes morir ahora mismo —respondió Esperanza—. Me marchó.

—Vete donde quieras, acabarás trabajando la calle —gritó mi padre de camino a su cuarto.

Al día siguiente, Elías y Esperanza abandonaron la casa con diferentes destinos.

Al terminar la semana, mi hermana Marisa adquirió su pasaporte para la destrucción total. Presentaba un cuadro de esquizofrenia residual de evolución crónica que la llevó a recibir electroshocks. A los pocos días mi madre tuvo otra recaída y la ingresaron en el mismo sanatorio en el que estaba Marisa. Tan sólo quedábamos en casa mi padre, mi hermana Lourdes, mis hermanos Ramón y Pedro, y yo.

Como cada mañana el despertador sonó a las ocho en punto. Me vestí para empezar otro día en el colegio y poder ver de nuevo la verruga del profesor. Ya tenía mi propia pandilla de amigos y era uno de los veteranos de la clase. Llegué el primero a la puerta del colegio y me tropecé con don Juan José que llevaba un cubo lleno de peces.

—Ayer fue un gran día —me dijo mientras buscaba las llaves para abrir la puerta—. Llevo el cubo hasta arriba de carpas. Las voy a meter en la bañera hasta que me las comprén.

—¿Quién las compra? —pregunté mientras miraba el cubo.

—Gente que quiere criarlas o comerlas —respondió, y abrió la puerta.

—Son muy feas para comérselas. —Miré su verruga.

—Pues se las comen —rió con fuerza— y están muy buenas acompañadas con un buen vino español.

Dentro del colegio, mientras dejábamos las carpas, me contó cómo le había ido la pesca en el fin de semana. Oyéndole hablar de sus aventuras daba la sensación de que acabábamos de dejar a la mismísima Moby Dick dentro de la bañera. Después de limpiar con la fregona las salpicaduras de agua que dejaron los peces en el suelo, me abrió la puerta de clase y encendió la estufa de butano. La estufa siempre estaba a su lado y nunca nos llegaba su calor, y eso que se incluía en el recibo del colegio. Al poco tiempo, llegó el resto de la clase y empezamos a rezar para dar gracias a Dios por el nuevo día. La clase transcurría de maravilla con todas nuestras cabezas sumergidas en nuestras tareas, cuando de repente, la voz de un compañero nos sorprendió.

—¡Don Juan José! —dijo el niño con los pantalones bajados, con una mano en el pomo de la puerta—. ¡Hay gotas de pipí en el suelo!

—¡A ver! ¿Quién ha sido el último en ir al baño? —preguntó el profesor desde su silla—. Os he dicho miles de veces que mear fuera es de marranos. Que Dios os coja confesados si veo gotas de pipí en el suelo.

Manchar el suelo de pis era peor que no saberse la tabla del siete o ignorar las provincias de Castilla la Nueva. Estaba castigado con machacarte la mano con un palo que, si se rompía en acto de servicio, para seguir dándonos más palazos, lo sustituía por otro que serraba delante de nuestras asustadas caras.

Levanté la mano. Se hizo el silencio. Sólo se oían los latidos de los treinta enanos y el bufar del profesor.

—*Las cagao* —me dijo un compañero que tenía a mi lado.

—Bien, ¿has sido tú? Vete al baño, limpia las gotas y vuelve inmediatamente.

Al llegar al lugar del crimen, observé dos diminutas gotas que se confundían entre la suciedad del suelo y que iban a ser mi billete a una ronda de palos. Las limpié con papel higiénico y entré de nuevo en clase sin nada que objetar. Me puse delante del Verruga. La rabia encendía su cara e iluminaba su tumorcillo. Si no fuera porque la situación no era para hacer bromas, hubiera gritado a la clase que se parecía a Rodolfo, el reno de Papá Noel.

—¡Pon la mano!

Sabía que si tenía la osadía de poner la mano y quitarla, el palo golpearía la mesa y la risa del público enfurecería aún más al profesor y multiplicaría el castigo por dos. Eso sí que era un problema, y no los que nos daba él en sus clases de matemáticas sobre camiones que salían con patatas de Alicante: «Si una gota de pipí vale dos palazos en la mano de un niño y el niño que es muy malo quita la mano, ¿cuántos palos recibirá el niño si sabe que quitar la mano multiplica automáticamente el número de palazos por dos?».

Como yo estaba hasta los pantalones cortos de recibir palazos, quité la mano en el primer quite y provoqué que el palo golpeará en la mesa, que el público se riera y que el profesor estallara de ira. Con bastante miedo volví a estirar la mano y cuando el palo llevaba medio camino recorrido, la quité de nuevo. Así estuve unos cinco intentos. Cuantas

más veces la quitaba, más se enfadaba el profe. Llegó un momento en el que perdimos la cuenta de cuántas veces la había quitado y por qué múltiplo de dos debía recibir el castigo. La ponía y la quitaba, la ponía y la volvía a quitar. Ese reflejo hacía que los palazos impactaran en la mesa provocando ritmos al más puro estilo africano. Eran unos toc, toc muy elementales pero bastante armoniosos. Cada golpe del palo hacía saltar pequeñas astillas de madera y los niños se reían sin parar.

—Pon la mano de una vez —me dijo en voz baja un compañero—. Se va a enfadar y nos correrá a todos a palazos por tu culpa.

No tardó mucho don Juan José en engancharme del brazo y darme una paliza en el culo. Acto seguido, se dirigió palo en mano hacia mis compañeros que no paraban de reír.

—Toma y toma —gritó el profe mientras reventaba las cabezas como si fueran melones—. Esto es para que no os riáis de las gracias de este imbécil.

En pocos minutos se pasó de una fiesta eufórica a una imagen de tristeza, llantos y derrota. Me hizo tanto daño, que me puse a llorar como una esponja mientras me rascaba el culo dando saltitos por la clase.

Me mandó de nuevo al baño y me dijo: «Límpiate la cara y prepárate como no te sepas la lección».

En el baño quise soltar la rabia que llevaba dentro y con el dolor que me mordía las nalgas, me acerqué a la bañera para contemplar a los peces. Me remangué el jersey y saqué un pez de su hábitat mientras salpicaba el suelo de agua.

—¿No quieres lección? ¡Toma lección! —le dije al pez mientras lo enganchaba por la cola.

Los ojos del pez desprendían miedo y su desfigurada boca mordía el aire mientras su cuerpo bailaba en mi brazo. Llevé el pez hasta la taza y lo solté como una bomba para que se clavara en el desagüe.

«Ahora sí que la has cagao», me dijo mi subconsciente.

El acto terrorista ya estaba hecho y no había marcha atrás. Me asusté. Con una mano apoyada en el borde de la taza y con la otra en la cola del pez, intenté sacarlo al exterior. Como no pude, cogí la escobilla para empujarlo.

«Mira que ir a coger el más gordo», susurró mi cerebro.

Me echaban una mano la constancia y la paciencia para tranquilizar la situación, cuando apareció un compañero de pelo negro con jersey de rombos, camisa por fuera de los pantalones cortos y rodillas sucias.

—Dice don Juan José que por qué tardas tanto.

—Se me ha caído una cosa dentro de la taza.

Mi compañero se cagó encima al verme con la mano dentro de la taza. Yo estaba rodeado de agua. La manga del jersey me chorreaba. Su cara terminó de descomponerse cuando vio lo que asomaba por la taza.

—¿Eso es un pez?

—¿Y tú que crees? Ya lo sé, se me ha caído —dije asustado—. Me tienes que ayudar a sacarlo.

—¿Pero cómo se te ha caído? —preguntó con cara de miedo—, si se entera el profe, nos mata a todos.

—¿Me ayudas o no?

—¿Qué pasa ahí? —preguntó el Verruga.

—¡Viene el profe!

—¡Jo! Ahora sí que la hemos cagado.

—¿Y toda esta agua? Pero... ¿qué ha pasado aquí? —dijo el profesor en la puerta del baño.

Entonces, el profesor, con la cara descompuesta por la rabia, hizo amago de ir a por el palo para comenzar una nueva tanda, pero nuestros llantos y súplicas le hicieron reconsiderar la idea. Sin abandonar la ira, nos hizo sacar el pez y fregar el suelo, nos enganchó de las orejas y arrastrándonos nos llevó hasta la clase.

—Estos dos compañeros son un mismísimo ejemplo —dijo al resto— de dos futuros payasos de circo. Ahora estarán de rodillas cara a la pared. ¡Alfonso! —gritó a un alumno—, ponte en la columna y apunta en la pizarra quién habla mientras voy a la cocina a tomarme un café. Y vosotros dos —dijo señalándonos a nosotros—, preparaos para recibir una somanta de palos si no os sabéis la lección de hoy.

Después de mojar pequeños trozos de pan en el café, entró en clase con cara de cansado por la batalla, giró la estufa de gas hacia su silla y entró en un profundo sueño. Roncaba con las gafas caídas sobre la nariz, con las manos en la barriga.

—¿No te da la sensación de que le sale la tabla del dos en cada ronquido? —susurré a mi compañero de castigo.

—No me hagas reír —contestó con la mano en la boca.

—Dosp porr dos sonzz cuatrozzp —imité un ronquido.

—Carlos, nos va a oír.

—Hasta para roncar desprende sabiduría —murmuré.

Aprovechamos que don Juan José luchaba en el sueño con las carpas más grandes de Madrid, para que un compañero adelantara las agujas del reloj de pared. El iton, ton! de las dos en punto levantó de un salto al profe que se arregló el traje y nos obligó a rezar el padrenuestro antes de irnos a comer a casa. Por la tarde, nos castigó y echó una charla sobre la disciplina y la moral cristiana. Actos como adelantar el reloj reflejaban, en el ser humano, el poco futuro que tendría en la vida. Las cinco marcaron el final de la clase.

Esperé en el portal a que vinieran a buscarme mientras mis compañeros se iban de la mano de sus padres. La tarde dejó paso a la oscuridad que invadió la totalidad de la acera. Mientras que a las ocho unas farolas se encendían, a otras les costaba despertarse como a mí por las mañanas. Los comercios echaban el cierre tirando con fuerza de la puerta metálica hacia el suelo, lo que provocaba un ruido bastante molesto.

—¿Por qué no has ido a casa después de clase? —me preguntó mi hermano Ramón al verme en la puerta del colegio.

—Esperaba a que alguien viniera a buscarme.

—Pero si siempre vas solo. —Su tono era enfadado—. Papá me ha obligado a venir a por ti y está que echa humo.

Caminamos hasta casa sin decirnos nada. Al final del pasillo, distinguí la figura de mi padre vestido con su ropa de andar por casa: chaqueta y pantalón marrón, cinturón negro y camisa sin corbata. Al verme, se quitó las gafas y vino hacia mí.

—¿Dónde estabas? —preguntó tras darme una bofetada—. ¿No sabes venir a casa?

—Sí —dije llorando con la cabeza agachada—, pero esperé en el colegio a que...

—Merienda y ponte a estudiar —me interrumpió mi padre. Me dio la espalda y se sentó de nuevo en su sitio.

Cogí un trozo de pan, lo unté con mantequilla, puse una onza de chocolate y me marché a estudiar a mi cuarto.

En la cena, nos sentamos como siempre delante de la televisión. Esa noche estábamos solos Pedro y yo con mi padre. Mi hermano se sentó a su izquierda y yo a su derecha. Mi sitio era el peor porque coincidía con la mano que no estaba mutilada, de tal forma que si había bronca, recibía siempre las bofetadas con sus cinco dedos. Esa noche ponían un documental que explicaba el nacimiento de uno de los tantos ríos que bañan la Península Ibérica. A mi padre le encantaba ejercer de escuela viviente y para él cualquier momento era idóneo para preguntar sobre los conocimientos culturales obtenidos en el cole.

Cuando empezaron los primeros acordes de la serie interpretados por una guitarra española que daban paso a una voz en off que decía: «Hoy, el Miño», mi padre levantó la cabeza y preguntó: «¿Dónde está el Miño?».

La pregunta salió de su boca como una bola de fuego que calentaba el ambiente. Pasaron los segundos y la pregunta se quedó en el aire. No hubo respuesta por nuestra parte.

—He preguntado que dónde está el Miño —dijo girando la cabeza hacia mí como la niña del exorcista.

Hice un gesto indicándole que tenía la boca llena y que no podía hablar. Yo estaría encantado de contestarle, pero corría el riesgo de ahogarme, así que moví la cabeza hacia mi hermano. Mientras yo le hacía la mímica a mi padre, Pedro aprovechaba y se llenaba la boca para los siguientes dos meses.

—¿Dónde está el Miño? —dijo. Tiró la servilleta encima de la mesa.

En ese momento la mirada de mi hermano y la mía mantuvieron una pequeña y rápida charla.

—¿Tú sabes dónde está el Miño? —preguntaron mis ojos a mi hermano.

—¡No me acuerdo! —contestaron los ojos de Pedro.

—¡Joder! ¿Y si decimos una provincia a boleo? ¿A lo mejor la cagamos? —dijeron mis ojos muy abiertos.

—¿Cuál? —preguntaron los ojos de mi hermano totalmente blancos.

—No sé... ¿Qué te parece Castilla la Vieja? —dijo un ojo mío.

—¿Suena bien? ¿Estás seguro? —preguntaron los ojos semicerrados de Pedro.

—No sé —dijo mi ojo derecho—. Cualquiera sabe. ¡A mí me suena genial!

—¡Tío! —dijo el ojo izquierdo de Pedro—. ¿Estás gilipollas? ¿Y si decimos Castilla la Nueva?

—No sé —dijeron mis ojos con lágrimas de risa—. Papá está nervioso y creo que debemos decir algo.